

Lázaro, Guzmán y Rico, treinta años después

JOSÉ-CARLOS MAINER

Un libro de 1970

NO es cosa corriente que un estudio filológico sobre un tema de historia literaria del Siglo de Oro alcance su sexta edición. Es cierto, apostillará un bibliógrafo meticoloso, que la inolvidable colección “Biblioteca Breve”, fundada por Carlos Barral, ya no existe y que ahora se llama “Los Tres Mundos”, pero las cubiertas de hogaño todavía recuerdan aquellas inolvidables de los años sesenta que ampararon también los relatos del *nouveau roman* y los comienzos de la difusión de Cesare Pavese, Robert Musil o Heinrich Böll, los libros de Castellet o Ferraté, los ensayos de Luis Cernuda o la *Obra abierta* de Umberto Eco. Fueron la universidad más verdadera de una generación y, en buena parte también, su educación sentimental. Y nuestro libro, *La novela picaresca y el punto de vista*, de Francisco Rico, sigue hoy tan lozano como entonces y tan insolentemente juvenil y hasta pedante como solía. Quien con veintitantos años —los que tenía su autor entonces— no sea pedante y provocativo es porque es un aburrido e indigno de los temas de que trata; quien con más de cincuenta no se sigue inflamando con lo que rebusca y encuentra y no se divierte ya con lo que escribe, ya no es digno de sí mismo, del joven que fue. No es el caso de Rico.

Ahí está el autor... En la contracubierta de la edición de 1969 dirigía la mirada, entre inquisitiva y absorta, a un horizonte que, sin duda, se hallaba más allá de las trazas neorrománicas del patio

de Letras en la Universidad de Barcelona (donde se tomó la instantánea). En la fotografía de hoy, más convencional, las pesadas gafas de concha han pasado a ser unas delgadas y carísimas gafas de diseño, pero la mirada sigue oteando lejanías (¿sólo bibliográficas?) y el rictus de los labios abultados esboza algo a medias entre la sonrisa y el desdén, el aplomo y el despiste. Genio y figura... El estilo del libro sigue siendo reconocible desde muy lejos. Los filólogos de poca imaginación le han imitado hasta la parodia las largas notas a pie de página que convocan bibliografía próxima y remota, en cataratas de erudición tentadoras: *amplificatio per expolitionem*. Pero solamente los más aprovechados saben remedar, aunque sin mucho éxito, lo más personal de la escritura: la del hombre que es capaz de escribir “harmonía” con una rotunda hache o preferir “planteo” a “planteamiento”, de combinar el giro castizo y el coquetón modismo extranjero y de utilizar todas las legítimas armas del ensayista (desde el “fijémonos” y el “no lo olvidemos” a la interrogación retórica o el final lapidario). Por no hablar de *incipit* tan felizmente arbitrarios y atractivos como los de su amigo Javier Marías (que, no en vano, ha sacado a Rico como personaje en *Negra espalda del tiempo*): ¿de cuándo a acá un libro de sesuda filología comienza con aquel “me pregunto si sólo el azar y la amistad (al mentarla nombro a Rosa Regás)” con que se inicia éste, o arranca —como sucede en *Alfonso el Sabio* y la “*General Estoria*”—, diciendo “tres tristes torsos —pues ni pueden ni quieren pasar de torsos—”, con un guiño de complicidad a Guillermo Cabrera Infante? ¿Cómo una edición de *El desdén, con el desdén*, de Moreto, puede traer al paso de los galanes de entonces las andanzas de los niños barceloneses de finales de los sesenta que son ya, por cierto, tan nieves de antaño como los de 1600? Para hacerlo así, hay que saber hablar con desparpajo, como hacía este librito de 1970, del *nouveau roman* por cuenta de la perspectiva, traer a colación el *Paradiso* de Lezama Lima para caracterizar al beneficiado López de Úbeda o citar a Laurence Sterne como exergo del capítulo sobre *Guzmán de Alfarache*.

Dos razones de peso

Pero los motivos de la perduración de este libro de 1970 son otros, al margen del estilo. El primer acierto fue el lugar de la búsqueda. Desde muy temprano, Francisco Rico se situó en un terreno de inusual fertilidad heurística: las deudas de la cultura medieval y humanística para con la cultura clásica (¿hay otra, se preguntará el autor?) o, si se prefiere, la esforzada aventura de la continuidad de un legado que habla de autoanálisis, erudición, pasión por la escritura. En diferentes encarnaciones, que han tomado figura de artículos y libros, eso ha podido ser la noción de microcosmos en la cultura española, el origen de la autobiografía en el *Libro de buen amor*, la lectura de fuentes y sentido del *Secretum* de Petrarca, la pelea de Nebrija contra los gramáticos bárbaros o la modesta pero pertinaz tradición del humanismo español de principios del siglo XVI. Allí donde hay un hombre que piensa y escribe, que cree en la dignidad de la cultura y que cree que esa cultura es esfuerzo que se hereda y se gana mediante la cita o el cotejo, Rico sabe recomponer los pasos que llevan del pensamiento a la escritura, de la historia colectiva a la conciencia personal. Lo aprendió, sin duda, en un libro deslumbrante y envidiable —*Edad Media latina y literatura europea* de Ernst Robert Curtius— y lo admiró en las muchas y tenaces páginas que María Rosa Lida de Malkiel consagró a los orígenes literarios de *La Celestina*: supo que en la historia de una metáfora feliz, o en la búsqueda de un género a vueltas de otros, o en la heroica renuncia a la originalidad por parte de un escritor, hay tanta vida como la que creen encontrar los que todo lo fían a la inspiración o a la espontaneidad.

El segundo acierto de este pequeño volumen sobre la novela de pícaros tuvo que ver con la historia intelectual de su tiempo. Surgió, y ahora lo vemos mejor, en un momento capital del curso de la filología española. Acababa de morir don Ramón Menéndez Pidal que lo había sido todo: la voluntad hercúlea de saber, la herencia liberal del talante institucionista y, en el terreno del trabajo profesional, el fértil enlace de la paciencia positivista y la ilusión inter-

pretativa idealista. Pero, a la vez, raleaban ya los frutos de la estu-
penda escuela de estilística española. Tras el inimitable regalo de
los dos Alonso —Dámaso y Amado—, habían proliferado demasiado
las tesis sobre los temas mitológicos en la literatura de los siglos
de Oro y los cansinos recuentos de recursos de estilo. Desde fuera,
se agolpaban las incitaciones nuevas. Todorov había sistematizado
los modos de análisis formal en su libro de 1965 y todos habíamos
leído *Obra abierta* de Umberto Eco y reconocido los principios de
una semiótica menos tediosa que la de ahora. El ruido de 1968 invi-
taba a la iconoclastia jubilosa, pero el estructuralismo de aquellas
calendas exigía rigor y el marxismo demandaba convicciones (aunque
Jean-Paul Sartre opinara que el estructuralismo era la última trinchera
de defensa del pensamiento burgués).

La picaresca y el nacimiento del realismo

La bibliografía que bulle *ad calcem* de este libro nos da pistas. En
1948, Enrique Moreno Báez publicó *Lección y sentido del Guzmán
de Alfarache*, un estudio que se atrevió a leer el libro entero sin
lamentar que las disquisiciones morales perjudicaran el cuento de las
picardías. De finales de los cincuenta databan los primeros y des-
lumbrantes trabajos de Claudio Guillén sobre “La disposición tem-
poral del *Lazarillo de Tormes*” y de Carlos Blanco Aguinaga sobre
los dos realismos potenciales, el de Cervantes y el de la picaresca.
En 1958, Marcel Bataillon editó la novelita de 1554 y en 1963 desen-
trañó muchos problemas de *La pícaro Justina* y, por extensión, del
relato de pícaros, mientras que en 1967 proclamó la defensa e ilus-
tración del sentido literal (que luego aplicaría a la perfección a su
lectura de *La Celestina*). Eugenio Asensio demostró su inigualable
capacidad para el análisis de estructuras y huellas de artificios en el
impagable *Itinerario del entremés* (1965), y además había leído a los
formalistas rusos cuando nadie sabía nada de ellos. En 1969, Fer-
nando Lázaro Carreter publicaba su trascendental estudio “Construc-
ción y sentido del *Lazarillo de Tormes*”.

Todo ello dejó sus huellas en este libro. Pero el acierto de la tesis capital es por entero de Rico. La *Vida del Lazarillo de Tormes* es, como toda la literatura, una maraña de huellas, un lugar de encuentros: facecias que vienen de la Edad Media, cartas que cuentan casos humorísticos, posos de folclore anticlerical, reflejos de la vida... Pero sólo en contacto con el reactivo indicado generan el milagro: aquí lo establecen la invención de un motivo de engarce (el “caso” contado a “Vuesa Merced”), la coherencia de un hilo conductor (la autobiografía selectiva narrada *á rebours*) y el atrevimiento de un principio subversivo (todos tenemos derecho a contar nuestra historia, el digno y el indigno, el pobrete y el rico). En 1599, Mateo Alemán, el mejor lector del *Lazarillo*, dio otra vuelta de tuerca a lo ya asentado: una historia que se escribe desde el arrepentimiento como ilustración de un proceso, como secuencia de *consejos* que fundamentan las *consejas*. Uno y otro hallaron más que la estrategia de un punto de vista: establecieron a partir de él la posibilidad de la novela como universo que se autoconstruye a la vista del lector. Y luego, nadie entendió el subversivo mensaje, aunque fueran genios los que volvieron sobre los pasos de 1554 y 1599. López de Úbeda y Quevedo sólo entendieron un esquema mondo y cruel, un tropezón de anécdotas descalificadoras y un juego de idioma. Y la novela moderna, que pudo nacer ahí, se escapó rumbo a la Inglaterra de finales del XVII (la historia la contó Ian Watt en un libro modélico, *The Rise of the Novel*, que es de 1957).

Treinta años después, Rico vuelve sobre su conclusión de 1970 y sobre el estatuto de la narración. La *novela realista*, nos recuerda, fue una excepción a una tradición inveterada de fictividad: siempre se contó en las novelas lo imposible, lo inusual, por más que se acuñaran instancias limitatorias —la verosimilitud— y se sublevaran a menudo los principios de la moralidad reinante. La subversión del *Lazarillo* fue dar por materia literaria lo que era fácilmente identificable en la vida ordinaria, la que acaecía a nuestro lado. Por eso la novela picaresca nació acogida a la forma autobiográfica, marchamo de autenticidad. Pero de una autenticidad que, sin embargo, avisaba a las claras su condición de ficción: nadie, observa sensatamente

JOSÉ-CARLOS MAINER

Rico, podía presentarse seriamente como hijo de una madre que vive en concubinato con un esclavo negro, ni entender como cumbre de toda buena fortuna el adulterio consentido de su mujer con un arci-preste. El *Lazarillo* nos avisa que es fábula, fábula realista, y a la vez justifica así su anonimia: no tanto anónimo como apócrifo. O, mejor: resulta anónimo por mera coherencia literaria interna. Y así se resuelven varios siglos de candidatos infructuosos a la autoría... De aquellos modestos libros españoles del Quinientos nació el *realismo* que, como se sabe, aún demoró hasta 1825 su bautismo. ¿Se puede dar hoy por extinto? Comenta el autor: “Costó cerca de un siglo y toda la obra de Kafka, Unamuno, Joyce, Faulkner, Musil, Calvino, Becket, García Márquez..., toda la estética del Novecientos recién cerrado, reconciliarla (a la novela) con la ficción y con la literatura y llegar a la conclusión de que aquel designio era más bien un espejismo o una trampa”.

Bienvenido otra vez este libro de 1970, con su Postdata de ahora. Se puede seguir aprendiendo de él.